



Vol. 22 No. 1

Marzo de 2019

LA LOCURA COMO ACCIÓN POLÍTICA. EL MOVIMIENTO ANTIPSIQUIÁTRICO EN MÉXICO

Francisco Javier Dosil Mancilla¹

Instituto de Investigaciones Históricas

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

RESUMEN

La antipsiquiatría se introdujo en México a través del CIDOC (Cuernavaca), dirigido por Ivan Illich, en donde Franco Basaglia impartió un seminario, en 1974. Algunos psicólogos mexicanos que asistieron a este seminario, como Sylvia Marcos, viajaron poco después a Europa para conocer de cerca el trabajo de los antipsiquiatras. En 1978 se constituyó en Cuernavaca, en el seno de un encuentro internacional, la Red Latinoamericana de Alternativas a la Psiquiatría. Por nuestro país desfilaron figuras tan destacadas como Basaglia y su esposa Franca, David Cooper, Thomas Szasz, Marie Langer, Felix Guattari, Robert Castel, etc. Se tradujeron al español las obras más importantes de la antipsiquiatría y se publicaron ensayos críticos que mostraban la deplorable situación de los hospitales psiquiátricos, el trato violento que reciben los enfermos mentales y la complicidad de la psiquiatría con los régimenes dictatoriales. En el México de los ochenta, la antipsiquiatría fue un vector de transformación social. Sirvió como plataforma intelectual de denuncia de las diversas formas de represión y exclusión que afectaban a América Latina. Sus propuestas e intervenciones supieron adaptarse a la realidad de este continente.

Palabras clave: Antipsiquiatría, México, historia de la psiquiatría, feminismo, movimientos sociales, locura, política.

MADNESS AS A POLITICAL ACTION. THE ANTI PSYCHIATRY MOVEMENT IN MEXICO

¹ Profesor titular del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo; Correo Electrónico: fjdosil@yahoo.es

ABSTRACT

Antipsychiatry was introduced in Mexico through the CIDOC (Cuernavaca), directed by Ivan Illich, where Franco Basaglia gave a seminar in 1974. Some Mexican psychologists who attended this seminar, such as Sylvia Marcos, traveled shortly afterwards to Europe to learn about the work of the antipsychiatrists. In 1978, the Red Latinoamericana de Alternativas a la Psiquiatría was created in Cuernavaca, during an international meeting. Some prominent figures, such as Basaglia and his wife Franca, David Cooper, Thomas Szasz, Marie Langer, Felix Guattari, Robert Castel, etc., traveled to Mexico. The most important books of antipsychiatry were translated into Spanish and critical essays were published showing the deplorable situation of psychiatric hospitals, the violent treatment received by the mentally ill and the complicity of psychiatry with dictatorial regimes. In the Mexico of the eighties, antipsychiatry was a vector of social transformation. It served as an intellectual platform for denouncing the various forms of repression and exclusion that affected Latin America. His proposals and interventions were able to adapt to the reality of this continent.

Key words: Antipsychiatry, Mexico, History of Psychiatry, feminism, social movements, madness, politics.

Hace poco más de medio siglo surgió un movimiento que pretendía poner freno a la progresiva psiquiatrización de la vida cotidiana. La iniciativa no partió de profesores de ética ni de activistas con buenas intenciones, sino del corazón mismo de la práctica médica, de psiquiatras, psicoanalistas y psicólogos de diferentes partes del mundo que contaban con una dilatada experiencia en el tratamiento de la enfermedad mental y en la dirección de hospitales psiquiátricos. Sabían de lo que hablaban. Pasaron a conocerse como antipsiquiatras, si bien casi ninguno se identificó con esta etiqueta ni probablemente con ninguna otra. La antipsiquiatría se plantó contra los dogmas de la psiquiatría y contra cualquier tipo de instrumento de exclusión y control social. Recibió muchas críticas, tanto del sector médico como del ámbito político, pues ponía en entredicho el concepto de normalidad y señalaba a los científicos de la mente como colaboradores de una política represiva que cercenaba la riqueza de la experiencia humana y bloqueaba formas alternativas de convivencia. “Los esquizofrénicos son los poetas estrangulados de nuestra época –escribió David Cooper–. Quizás ha llegado el momento de que nosotros, que seríamos los encargados de sanarlos, apartemos nuestras manos de sus gargantas” (Cooper, 1974; pág. 123). El loco no es un

enfermo mental sino alguien que se resiste a ser engullido por una sociedad enajenada.

No resulta extraño que la antipsiquiatría haya surgido a finales de la década de los sesenta. En buena parte del mundo, obreros y estudiantes se rebelaban contra un sistema autoritario que fomentaba guerras (como la de Vietnam), explotaba a los trabajadores y reprimía con violencia cualquier expresión de creatividad que se saliera de la regla. Sus lemas fueron “la imaginación al poder”, “prohibido prohibir”, “hay hierba bajo los adoquines”, etc. Los antipsiquiatras se sumaron a esta lucha por la libertad y aportaron un discurso particularmente crítico, ya que revelaba las formas más sutiles de represión, aquéllas que no provocan la alarma porque ya han sido interiorizadas. Este discurso no carecía de un sustento teórico, que a menudo se apoyaba en las reflexiones de filósofos como Marx, Sartre, Foucault, Gabriel Marcel, etcétera, pero se nutría principalmente de la convivencia con personas que por diversas razones padecían la marginación social. En otras palabras, la antipsiquiatría fue un movimiento político: aunque surgió de la experiencia clínica, aspiraba a transformar la sociedad. En uno de sus libros más combativos, Cooper observaba: “La locura no es una enfermedad, es la psiquiatría y sus abortos los que son la enfermedad del capitalismo y el socialismo burocrático. La psiquiatría no tendrá cabida en una verdadera sociedad socialista” (Cooper, 1978; pág. 108).

No todos los antipsiquiatras llegaron tan lejos, sin dejar por eso de asumir un compromiso político. En realidad, la antipsiquiatría fue un movimiento complejo y diverso, y avanzó desde distintos frentes. El propio concepto de “antipsiquiatría”, que debemos a Cooper, no tardó en ser cuestionado por muchos “antipsiquiatras”, entre otras razones porque consideraban que seguía dando demasiado protagonismo a la psiquiatría. Era necesario llevar la apuesta más allá de la crítica reactiva y desconectarla completamente de la práctica psiquiátrica. Se propuso entonces el término “alternativas a la psiquiatría”, que tiene una doble ventaja: reconoce la pluralidad de voces dentro del movimiento (sin negar por ello unas preocupaciones comunes) y hace hincapié, más que en la crítica, en las acciones. No es el momento de profundizar en esta discusión. Si recurrimos en este artículo

a la palabra “antipsiquiatría” es porque sigue siendo un referente y porque facilita la exposición.

EL SURGIMIENTO DEL MOVIMIENTO ANTIPIQUIÁTRICO

Fue en Gran Bretaña donde la antipsiquiatría arrancó formalmente, en la década de los sesenta, con los trabajos de David Cooper, Ronald D. Laing y Aaron Esterson, si bien el cuestionamiento a la psiquiatría ya había sido realizado anteriormente, por autores como George Rosen, Margarite Sechehaye, Maxwell Jones o Erving Goffman (Obiols, 1973; págs. 33-40). Los antipsiquiatras ingleses trabajaron sobre todo con esquizofrénicos, en pequeños grupos (como el “Pabellón 21” de Londres y Kingsley Hall), al modo de contra-instituciones autónomas, sin jerarquías y con normas internas muy flexibles que permitían explorar los roles cambiantes y estimulaban la creatividad (Sabbadini, 1976; Farber, 1978). Reconocieron en la locura una experiencia humana significativa, emparentada con la poesía y la mística. El pensamiento de Cooper evolucionó hacia posiciones más radicales, cuestionando duramente a la familia nuclear burguesa por su papel represor (en *La muerte de la familia*) y reconociendo en cada loco un disidente político, por su compromiso vital en la desnormalización de la sociedad (en *La gramática de la vida* y *El lenguaje de la locura*).

En Italia, un país con una clase obrera fuerte y organizada, los críticos de la psiquiatría se mantuvieron desde el principio muy ligados al sector político, e incluso estuvieron representados por un movimiento, Psiquiatría Democrática, fundado por Franco Basaglia y vinculado al Partido Comunista (Correa, 1985, p. 51). Sus experiencias se desarrollaron en grandes hospitales psiquiátricos, como el de Trieste y Gorizia, y con sus planteamientos procuraron transformar las estructuras públicas destinadas a la gestión y administración de la salud mental. En 1978 lograron la promulgación de la Ley 180, que prohibió en Italia el internamiento de nuevos pacientes y promovió el desmantelamiento de los manicomios (Döring, 1985). Entre sus miembros figuran el mencionado Basaglia, su esposa Franca Ongaro, Giovanni Jervis, Antonio Slavich, etc. Consideran que

el loco es producto de una sociedad enajenada que es necesario transformar por la acción política.

En Francia, la psiquiatría institucional ya había sido cuestionada por la izquierda lacaniana y por intelectuales como Michael Foucault y Gilles Deleuze (Roudinesco, 2005). Autores como Maud Mannoni, Felix Guattari, Robert Castel o Rene Loureau recogieron el testigo y embistieron contra el psicoanálisis oficial, que regía el control de la salud mental, con el ánimo de poner en evidencia su ideología conservadora. Merece destacarse el trabajo de Mannoni en la escuela experimental de Bonneuil, a partir del cual desarrolló la sugerente idea de “institución estallada” (Mannoni, 1979).

En Estados Unidos, la antipsiquiatría dirigió sus críticas principalmente contra el lenguaje terapéutico. Autores como Thomas Szasz o Thomas Scheff consideraron que los enfermos mentales son, antes que nada, víctimas de un vocabulario que medicaliza las experiencias existenciales y las categoriza de antemano en función de una supuesta normalidad; de ahí su rechazo a términos como paciente, enfermedad, diagnóstico, tratamiento, etc. Desde finales de los sesenta, se conformó en este país una tupida red de centros de asistencia comunitaria, a través del Movimiento de Psiquiatría Radical, que se opusieron a la apropiación de la salud mental por los servicios médicos, a las etiquetas de los diagnósticos, a los exámenes psicológicos, a los tratamientos farmacológicos, etc. (Correa Duró, 1985; págs. 38-45).

EL MOVIMIENTO ANTIPSIQUIÁTRICO EN MÉXICO

En México, como veremos, el movimiento antipsiquiátrico constituyó un nuevo vector de disidencia política. Para entender su surgimiento debemos remontarnos a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta. El episodio de la Revolución ya quedaba muy lejos, la economía no iba mal y, en lo cultural, el país era un referente en todo el continente. La creciente industrialización estimulaba el éxodo a las grandes ciudades, pero también provocaba la pérdida de ciertos valores y formas de vida ligados al mundo rural y a las sociedades tradicionales. Los diversos gobiernos priistas manejaban un doble discurso. Por una parte,

transmitían una imagen de estabilidad y de unidad nacional, y abrían las puertas del país a los refugiados políticos que huían de las dictaduras latinoamericanas. Por otra, aplicaban la mano dura a las expresiones internas de inconformismo y a la menor provocación recurrían a la represión policial para frenar las manifestaciones de obreros y estudiantes. De todos es conocido el episodio trágico de Tlatelolco. El país se modernizaba y daba muestras de una privilegiada cultura y de su respeto a los derechos humanos, pero seguían desapareciendo disidentes y en los cinturones se mantenían las pistolas.

Las transformaciones sociales alcanzaron también al sector de la salud mental. En 1967 cerró sus puertas el Manicomio La Castañeda, meca durante más de medio siglo de la psiquiatría institucional, por su incapacidad para atender las demandas de una población que superaba ya los 48 millones. Además, los nuevos tiempos reclamaban una reforma de los servicios hospitalarios (Fuente, 1989). En su lugar se crearon algo más de treinta granjas-hospitales (un total de siete mil camas) a las afueras de la capital, supuestamente para brindar una atención más amable y acorde a los avances en la medicina. La iniciativa supuso un lavado de imagen a la asistencia psiquiátrica, pero poco cambió sus prácticas: el personal y los internados seguían siendo los mismos, y en términos generales reprodujeron los vicios, las condiciones de insalubridad y las formas represivas del antiguo manicomio. Además, entre 1976 y 1981 se multiplicaron los pisos psiquiátricos en los hospitales públicos del IMSS y el ISSSTE. De este modo se fue consolidando el proyecto asistencial del Estado (Rodríguez, 1984).

Por otra parte, en la década de los setenta se produjo en México, como en otros países, una proliferación de las corrientes psicológicas (el conductismo, la escuela de Ginebra de Piaget, el psicoanálisis, la teoría sociocultural del comportamiento humano, la psicología industrial, la escuela soviética, etcétera.) y se diversificaron los tipos de psicoterapias (Cueli y Reidl, 1976; Gomezjara, 1982). Había una preocupación social por la salud mental y cada uno buscaba la corriente que mejor se acomodaba a su economía y a su cultura. Se multiplicaron los libros y las películas que, recurriendo libremente a los postulados freudianos, fantaseaban en torno a las pulsiones sexuales, interpretaban los crímenes más escabrosos o se

aventuraban a descifrar la personalidad del mexicano. El país se convirtió en un gran diván (Monsiváis, 1984). La antipsiquiatría se sumó a esta retahíla de corrientes psicológicas, pero fue también una respuesta crítica a su proliferación, al advertir de los peligros de esta “psiquiatrización” de la vida cotidiana. Además, frente al supuesto carácter apolítico de las otras tendencias, el movimiento antipsiquiátrico no sólo tomaba conciencia del elemento ideológico que subyace a toda intervención psicológica, además asumía deliberadamente una posición política al apostar por la transformación de la sociedad.

Las ideas antipsiquiátricas encontraron en México un espacio propicio de difusión en el Centro Intercultural de Documentación de Cuernavaca (CIDOC). No es de extrañar, ya que las reflexiones de su creador y cabecera intelectual, el pedagogo Ivan Illich, apuntaban hacia el mismo horizonte crítico de los antipsiquiatras, como puede verse en sus obras *Una société sans école* (1971), *Libérere l'avenir* (1971) y sobre todo *Medical Nemesis* (1976, traducida al español como *Némesis médica. La expropiación de la salud*), en la que se refiere a los trabajos de Basaglia y Laing. Su cuestionamiento radical a la institucionalización, concebida como un corsé ideológico con pretensiones de burocratización de la vida, no pasó inadvertido a los psiquiatras sobre todo franceses (sus principales obras fueron publicadas originalmente por la editorial Seuil). La psicoanalista Maud Mannoni, por ejemplo, lo cita ampliamente en su *Éducation impossible* (1973).

En enero de 1974, el CIDOC contó con la presencia de Franco Basaglia, en el seno de un seminario sobre alternativas institucionales en la sociedad tecnológica, quien expuso las propuestas radicales que estaba llevando a cabo en hospitales psiquiátricos italianos. Sus ideas impactaron en los asistentes, en especial en la psicóloga Sylvia Marcos, quien unos meses después viajó a Trieste, invitada por Basaglia, para conocer de cerca las experiencias en el hospital que éste dirigía (Marcos, 1983a). Sería el primero de una serie de viajes a Italia que permitirían a Marcos familiarizarse con el movimiento antipsiquiátrico y promover su difusión en México.

Al año siguiente se celebró en Bruselas (Bélgica) el I Encuentro de la Red Alternativas a la Psiquiatría, al que asistieron un centenar de personas,

principalmente de Europa, entre ellas Cooper, Laing y Basaglia. También estuvo presente Sylvia Marcos. Los objetivos de la Red recogían en cuatro puntos las principales demandas de este sector crítico: (1) la supresión de cualquier forma de reclusión psiquiátrica; (2) el rechazo del monopolio de los profesionales sobre los problemas de la salud mental; (3) la crítica de las nuevas técnicas psiquiátricas, como la “sectorización” (la atención de los pacientes a domicilio), que actúan de “sucedáneo tecnocrático al manicomio”, y (4) el apoyo incondicional a los grupos que luchan por “tomar en sus propias manos sus asuntos y evitar la psiquiatrización de la vida entera, de la niñez a la vejez, de los marginados de toda naturaleza, de los disidentes de toda especie” (La Red, 1983). Desde esta primera reunión, la Red hizo hincapié en que sus propósitos rebasaban los límites de la antipsiquiatría (entendida como una revisión de la locura), para defender una línea de lucha política, bajo la premisa de que es la sociedad la que construye a sus locos como una forma de exclusión (Álvarez, 2004).

Los siguientes encuentros de la Red tuvieron lugar en París (1976) y en Trieste (1977). En el primero se plantearon los vínculos entre la psiquiatría y la justicia, y la necesidad de establecer una alianza entre los trabajadores de la salud mental y los juristas de izquierda. La reunión de Trieste se llevó a cabo en las instalaciones del hospital psiquiátrico, bajo una gran carpa de circo. Su lema fue “El circuito del control” y participaron cerca de cuatro mil personas, entre ellas ocho mexicanos. Resultó un evento de mucha tensión entre el ala de la antipsiquiatría radical y los protagonistas de la psiquiatría alternativa (Colucci y Di Vittorio, 2006; págs. 204-205).

La implicación de los profesionales mexicanos con este movimiento crítico de la salud mental no dejó de crecer en los años setenta y ochenta. Se difundieron las obras clásicas de la antipsiquiatría, traducidas al castellano: *La institución negada* (1972) de Basaglia; *Psiquiatría y antipsiquiatría* (1974) y *La muerte de la familia* (1976) de Cooper; *Viaje a través de la locura* (1974), un relato autobiográfico de la esquizofrénica Mary Barnes; *El psiquiatra, su “loco” y el psicoanálisis* (1976) de Mannoni; *Los cuerdos y los locos* (1980) de Laing, etc. Se reeditaron las obras de Wilhelm Reich y Herbert Marcuse, y se sucedieron los debates académicos. Entre

éstos merece destacarse el Foro “Razón, locura y sociedad”, organizado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM en julio de 1975, que contó con la participación, entre otros, de Franco Basaglia, Thomas Szasz, Igor Caruso y Marie Langer (no pudieron asistir Laing y Lacan, que también estaban invitados) (Suárez, 1978).

LA RED ALTERNATIVAS A LA PSIQUIATRÍA EN MÉXICO

Tal fue el interés que despertaron en México estos nuevos enfoques críticos, que los dos siguientes encuentros internacionales de la Red Alternativas a la Psiquiatría se llevaron a cabo en este país, ambos bajo la coordinación de Sylvia Marcos: el Cuarto Encuentro se realizó en Cuernavaca, en 1978, y el Quinto, tres años después, en Ciudad de México (Dosil Mancilla y Ramos García, 2010). Nos referiremos a ellos brevemente.

A la reunión de Cuernavaca asistieron figuras tan relevantes como Cooper, Basaglia, Langer, el psicoanalista francés Félix Guattari, el neuropsiquiatra belga Moni Elkaim y la socióloga italiana Franca Ongaro Basaglia. Participó también un grupo de expacientes psiquiátricos y terapeutas de Estados Unidos, país que apenas había estado representado en los encuentros anteriores, y numerosos simpatizantes de la Red de diversos países latinoamericanos (Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia y Guatemala). Entre los mexicanos participaron, entre otros, Sylvia Marcos, el escritor Carlos Monsiváis, el psiquiatra Carlos Rodríguez Ajenjo, la psicoanalista Yolanda Pascual y un grupo de cuatro psicólogas feministas. Del evento surgió la Red Latinoamericana de Alternativas a la Psiquiatría, como facción de la internacional.

La siguiente reunión, celebrada en Ciudad de México del 2 al 6 de octubre de 1981, se presentó ya como I Encuentro Latinoamericano y V Mundial de la Red Alternativas a la Psiquiatría, haciendo de este modo más explícita la presencia de profesionales de buena parte de América Latina. Se echó en falta a Basaglia, fallecido un año antes. En su lugar participaron Franco Rotelli y Antonio Slavich, asimismo miembros del movimiento italiano Psiquiatría Democrática, así como los psicoanalistas Félix Guattari y Robert Castel, y un amplio número de simpatizantes

de la Red de diversos países: México, Estados Unidos, Brasil, Colombia, Honduras, Perú, Chile, El Salvador, Argentina, Guatemala y España.

Las propuestas y discusiones planteadas en ambos encuentros fueron recogidas en tres libros publicados en México: *Antipsiquiatría y política* (1979), *Alternativas a la psiquiatría y a la psicología social* (1982) y *Manicomios y prisiones* (1983). Estas obras, que fueron reeditadas en varias ocasiones, constituyen preciosos testimonios de la evolución de este pensamiento crítico y de su traducción a la realidad latinoamericana. En sus páginas salen a relucir los desmanes de la psiquiatría institucional, aun en los centros que se tenían como modélicos, como el Hospital “Fernando Ocaranza”, en el estado de Hidalgo (se firmó una declaración conjunta para denunciar su estado de abandono), o en las granjas-hospitales, donde se seguía practicando el encierro involuntario, el uso indiscriminado de psicofármacos, la lobotomía y el electroshock. Además, exponen estrategias autogestoras puestas en marcha en Estados Unidos y en México, y proponen técnicas alternativas (“soluciones en tránsito”) adaptadas a las necesidades y posibilidades de los países emergentes. Entre los proyectos inspirados en la antipsiquiatría llevados a cabo en nuestro país, figuran la creación de clínicas de psiquiatría comunitaria; experiencias de psicocomunidad emprendidas en Netzahualcoyotl y en otros barrios marginales; la creación en Cuernavaca de una Red de Apoyo a la Crisis, formada por profesionales de la salud, ex maltratados psiquiátricos, campesinos, curanderos, etc., y el establecimiento de un Centro de Psicoterapia Feminista como alternativa a las terapias sexistas (Marcos, 1982).

Vale la pena insistir en la preocupación de los autores latinoamericanos por adaptar los planteamientos de la antipsiquiatría a su contexto sociocultural, partiendo de cuatro principios básicos: (1) en Latinoamérica se toleran mejor que en Europa las conductas atípicas; (2) los hospitales psiquiátricos no son tan comunes y, en consecuencia, antes que clausurarlos hay que evitar que se sigan construyendo; (3) las instituciones muestran gran resistencia al cambio y presentan una estructura inaccesible, y (4) la importancia de revalorizar la medicina tradicional indoamericana (curanderos, chamanes, yerberos, etc.), que

en estos países ofrece alternativas a los métodos represivos y violentos de la psiquiatría (Herrera y Salgado, 1983).

El último punto merece una observación adicional. Parecía lógico explorar en los saberes indígenas formas alternativas a la psiquiatría institucional. Por una parte, ofrecían una realidad que no existía en Europa y que remitía a la cultura mesoamericana, cuyas raíces comparten muchos países latinoamericanos. Por otra, las comunidades indígenas tramitaban simbólicamente las conductas atípicas (que en Occidente pasarían por enfermedades mentales) sin recurrir a la exclusión, mucho menos al encierro. Los “locos” por lo general estaban bien integrados en las sociedades indígenas y a menudo desempeñaban funciones privilegiadas que guardaban relación con su riqueza creativa. Fue Sylvia Marcos quien abordó estas reflexiones, enfocándose en tres puntos: (1) en el “control autónomo de la comunidad sobre su mundo simbólico”; (2) en el “sincretismo (cultural)” que permitió a estos grupos colonizados “sobrevivir en medio hostil”, y (3) en la relación que se establece entre el “paciente” y el “terapeuta”, que “puede inspirar algunas alternativas para América Latina” (Marcos, 1983c; págs. 253-254). Cabe señalar que, si bien estas reflexiones iban contracorriente de las políticas indigenistas que seguían prevaleciendo en los medios oficiales de México, que percibían a los pueblos originarios como sociedades con graves carencias, algunos jóvenes antropólogos ya estaban realizando una severa crítica al indigenismo y sostenían posturas que reivindicaban la autonomía indígena y la riqueza de sus culturas (Warman *et al.*, 1970).

Un denominador común de estos eventos celebrados en México fue su insistencia en la dimensión ideológica que subyace a toda intervención terapéutica, hasta el punto de que en todas las ponencias se diluyen los límites entre la política y la práctica psiquiátrica. Los términos clínicos, prácticamente ausentes, ceden su espacio a otros con mayor significación social, como capitalismo, miseria, represión, familia, sexism, exclusión, lucha de clases, micropolítica, revolución, liberación, etc., que definen bien el horizonte de compromiso hacia el que apuntaba la antipsiquiatría una década después de su formulación por Cooper y Laing. Como observaría el primero de estos autores en el encuentro de

Cuernavaca: “la locura es un proyecto político y las posiciones que busco defender pueden ser sintetizadas en dos proposiciones: la primera, el que cada loco es un disidente político y, la segunda, que cada delirio es una afirmación política” (Cooper, 1984; pág. 33).

Las críticas y experiencias que se entrelazan para sostener esta postura son diversas. A menudo se insiste en planteamientos recurrentes del movimiento antipsiquiátrico, tales como el carácter revolucionario de la locura por su apuesta desnormalizadora (Cooper, 1984; pág. 31) y la preocupante tendencia a la psiquiatrización de la vida humana, con la consecuente “transformación de la sociedad en un gran hospital psiquiátrico” (La Red, 1984; pág. 7). Advierten del uso masivo de psicofármacos y del creciente número de niños diagnosticados como hiperactivos, “lo que significa que el control social se ejerce cada vez a más temprana edad” (Marcos, 1984; pág. 14). Hacen hincapié en la necesidad de insertar la defensa de la salud mental en el contexto de las luchas sociales y políticas. El manicomio y la miseria van de la mano, ambos emergen del mismo problema, de ahí que la tarea consista en “hacer surgir de la miseria el significado de la vida” (Basaglia, 1984; pág. 23). Es por esto que la alternativa a la psiquiatría se desentiende de la creación de nuevas técnicas: “Nuestra práctica es y debe ser la práctica de la transformación de la sociedad” (Basaglia, 1984; pág. 28). Para tal fin se necesita ante todo promover en los operadores sociales una “educación política dentro de situaciones altamente concretas [...] para entender cómo ciertas situaciones específicas de crisis se dan de tal manera que son consideradas ‘problemas de salud mental’” (Cooper, 1984; pág. 39).

LA ANTIPIQUIATRÍA Y EL MOVIMIENTO FEMINISTA

La marginación de la mujer constituyó otro frente de lucha ampliamente explorado en los encuentros, sobre todo en el de Cuernavaca. Franca Ongaro denunció que la mujer ha sido considerada durante siglos un “cuerpo-para-otros” y que en la actualidad sigue concibiéndose como un ser débil, confinado a la satisfacción del hombre y a la procreación, como lo confirma su subordinación económica (Ongaro Basaglia, 1984; pág. 155). En su opinión, el problema de la locura en el sexo

femenino, que tanto interés suscita en los psicoanalistas, en realidad está ligado al “reducido margen de error de comportamiento” que se concede a la mujer en nuestras sociedades (Ongaro Basaglia, 1984; pág. 151). La intervención de esta socióloga y otras semejantes que realizó con grupos de mujeres en su gira por México forjó “un espacio de referencia insustituible en el feminismo de los años 80” (Marcos, 2005). Dos obras suyas publicadas en México, *Mujer, locura y sociedad* (1983) y *Una voz. Reflexiones sobre la mujer* (1984), influirían notablemente en las reivindicaciones del movimiento feminista.

En la misma línea disertaron el neuropsiquiatra belga (aunque nacido en Marruecos) Mony Elkaim y la psicoanalista austriaca afincada en Argentina Marie Langer. Elkaim insistió en el papel que desempeña la familia en la reproducción de los roles sociales y en la necesidad de atravesar la terapia familiar por el enfoque sociopolítico para hacer efectivo el cambio social (Elkaim, 1984; pág. 75). Langer, por su parte, observó que las psicopatologías atribuidas al sexo femenino por lo general “no están determinadas biológicamente, sino por el papel que le adjudica la sociedad” (Langer, 1984; pág. 176). Tan pronto las mujeres se reafirman como sujetos activos, son tachadas de histéricas, como sucedió con las “locas de la Plaza de Mayo”, las madres de los desaparecidos por la dictadura argentina (Langer, 1984; pág. 181).

Un grupo de psicólogas mexicanas, formado por Concepción Fernández Cazalis, Itziar Lozano Urbieta, Dulce María Pascual Moncayo y Beatriz Suárez del Sol, con experiencia clínica y académica, presentó en Cuernavaca una denuncia de “las tendencias manipuladoras, opresivas y de explotación que infinge el psicoanálisis, como teoría y como práctica, (...) especialmente sobre las pacientes mujeres”, para perpetuar los intereses económicos del capital (Fernández Cazalis *et al.*, 1984; pág. feminismo en México al crear la primera asociación en contra de la violencia de género: el Centro de Apoyo a Mujeres Violadas (CAMVAC).

Los participantes en ambos encuentros de la Red, como mujeres y hombres de su tiempo, recurren a menudo a un lenguaje penetrado por referencias marxistas y revolucionarias, si bien sus planteamientos dibujan un horizonte más amplio que podría identificarse en nuestros días con los Derechos Humanos (Álvarez, 2004;

Döring, 1987). En este sentido, no pasaron por alto los desmanes cometidos por las dictaduras militares que asolaban el continente latinoamericano, a menudo con la complicidad de los profesionales de la salud mental, que colaboraban en los interrogatorios, en las torturas y en general en las estrategias de represión social. Son frecuentes, sobre todo en el V Encuentro realizado en Ciudad de México en 1981, los testimonios de disidentes políticos asilados en México. Se refieren al desmantelamiento por los regímenes autoritarios de sus países (Argentina, Chile, Brasil, Honduras, Guatemala, Salvador, etc.) de las experiencias en psiquiatría alternativa, a la persecución de sus principales responsables, al predominio de la hospitalización sobre otras formas de tratamiento y al uso de los manicomios como una extensión de las prisiones (Marcos, 1983b; págs. 93-188). El caso de Chile resulta ilustrativo: el gobierno, valiéndose de la asesoría de técnicos brasileños y norteamericanos, empleó la psiquiatría “no sólo para reprimir y anular a los sectores políticos más activos y organizados, sino para transformar a nuestro país en una gran institución totalitaria, en un gran manicomio que tiene como director a Augusto Pinochet y como metodología de trabajo la ideología del centro social que se conoce con el nombre de la doctrina de la seguridad nacional” (Barudy, 1983; pág. 133). Tal escenario represor materializaba los peores augurios del sector crítico de la salud mental y los reafirmaba en su proyecto moral y político, que no era otro que “luchar más allá de la muerte, más allá de las condiciones violentas, más allá de todas las organizaciones que oprimen al hombre y que lo convierten en mercancía, en medio de otras mercancías” (Basaglia, 1984, p. 19).

REFLEXIONES FINALES

La antipsiquiatría penetró en México muy pronto, en 1974, siete años después de que David Cooper publicara en inglés su libro *Psiquiatría y antipsiquiatría*, que suele considerarse como su punto de partida. Se produjo a través del CIDOC, dirigido por Ivan Illich, que fue también puerta de entrada en el país de otros planteamientos críticos, como la pedagogía freiriana (Guzmán y Dosil, 2017).

En los años siguientes, gracias a la labor de diversos psicólogos y sociólogos mexicanos, entre los que hay que destacar a Sylvia Marcos, el movimiento antipsiquiátrico fue ganando terreno hasta conformarse en una plataforma crítica desde la cual se denunció los abusos de la práctica psiquiátrica, el deplorable estado de los centros hospitalarios, la colaboración de muchos especialistas de la salud mental con los regímenes autoritarios, la connivencia de los psiquiatras con la industria farmacéutica, etcétera. En 1978 se estableció la Red Latinoamericana de Alternativas a la Psiquiatría, con su sede en México. Esta Red siguió trabajando con la internacional, si bien asumió como parte de sus tareas adaptar los planteamientos generales de la antipsiquiatría a la realidad latinoamericana. Se publicaron varios libros al respecto, se tradujeron al español las obras clásicas y se organizaron diversos eventos, como el I Encuentro Latinoamericano y V Mundial de la Red Alternativas a la Psiquiatría, que tuvo lugar en Ciudad de México en 1981.

Si bien la antipsiquiatría logró echar raíces en México, se mantuvo al margen de las instituciones y nunca pasó de ser un movimiento minoritario. Esto no impidió que se llevaran a cabo trabajos concretos en barrios marginales de Ciudad de México y se estableciera en Cuernavaca una Red de Apoyo a la Crisis, que involucró tanto a profesionales de la salud mental como a campesinos, curanderos, expacientes psiquiátricos, etcétera. Además, desde la plataforma creada por estos psicólogos y sociólogos críticos, se denunció las distintas formas de represión y la violencia de estado. Exiliados de diversos países latinoamericanos asistieron a las reuniones en México, compartieron sus experiencias, y crearon vínculos profesionales y políticos. Gracias al movimiento antipsiquiátrico también se dieron pasos importantes en México en la lucha contra la violencia de género y en el reconocimiento de los saberes indígenas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Álvarez, E. (2004, noviembre 13). Entrevista con la Dra. Sylvia Marcos, *Vulgo [... net]*, s/p.

Barudy, J. (1983). La psiquiatría en Chile. En S. Marcos (Coord.) **Manicomios y prisiones**. México: Red-ediciones, pp. 132-134.

- Basaglia, F. (1984). Apuntes para un análisis de lo normativo en psiquiatría". En S. Marcos (Coord.) **Antipsiquiatría y política** (2^a edición). México: Extemporáneos, pp. 19-30.
- Colucci, M. y Di Vittorio, P. (2006). **Franco Basaglia**. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Cooper, D. (1974). **Psiquiatría y antipsiquiatría**. Buenos Aires: Paidós.
- Cooper, D. (1978). **¿Quiénes son los disidentes?** Valencia: Pretextos.
- Cooper, D. (1984). La no-psiquiatría entre otras cosas. En S. Marcos (Coord.) **Antipsiquiatría y política** (2^a edición). México: Extemporáneos, pp. 31-48.
- Correa Duró, E. (1985). **Las razones del loco. El movimiento italiano de psiquiatría alternativa**. México: INAH.
- Cueli, J. y Reidl, L. (Eds.) (1976). **Corrientes psicológicas en México**. México: Diógenes.
- Döring, M. T. (1985). **Contra el manicomio**. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Döring, M. T. (Comp.) (1987). **Psiquiatría, política y derechos humanos**. México: Plaza y Janés/UAM.
- Dosil, J. y Ramos, A. (2010). La antipsiquiatría en México: una aproximación a su estudio. En Martínez, X. (Coord.). **Historia de la Medicina en el siglo XXI: distintas voces**. México: Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina, pp. 199-210.
- Elkaim, M. (1984). Del enfoque familiar al enfoque sociopolítico. En S. Marcos (Coord.) **Antipsiquiatría y política** (2^a edición). México: Extemporáneos, pp. 62-87.
- Farber, H. (1978). La esquizofrenia y el psicoterapeuta loco. En R. Boyers y R. Orrill (Comps.). **Laing y la antipsiquiatría**. Madrid: Alianza, pp. 57-91.
- Fernández, C., Lozano, I., Pascual, M. y Suárez, B. (1984). La ideología de la salud mental y la mujer. En S. Marcos (Coord.). **Antipsiquiatría y política** (2^a edición). México: Extemporáneos, pp. 185-203.
- Fuente, R. de la (1989). Historia de la psiquiatría en México. En J. Mariátegui (Ed.). **La psiquiatría en América Latina**. Buenos Aires: Losada, pp. 141-150.

- Gomezjara, F. (1982). La otra psicología. En F. Gomezjara (Coord.) **Alternativas a la psiquiatría y a la psicología social**. México: Fontamara, pp. 20-152
- Herrera, B. y Salgado, P. (1983). Lo que se ha propuesto Procesos de Acción Comunitaria. En S. Marcos (Coord.) **Manicomios y prisiones**. México: Red-ediciones, pp. 217-218.
- La Red (1983). ¿Qué es la Red (Resau) Alternativa a la Psiquiatría? En S. Marcos (Coord.) **Manicomios y prisiones**. México: Red-ediciones, p. 21.
- La Red (1984). Prólogo. En S. Marcos (Coord.) **Antipsiquiatría y política** (2^a edición). México: Extemporáneos, 1982, pp. 7-9.
- Langer, M. (1984). La mujer, la locura y la sociedad. En S. Marcos (Coord.) **Antipsiquiatría y política** (2^a edición). México: Extemporáneos, pp. 172-184.
- Mannoni, M. (1979). **La educación imposible**. México: Siglo XXI.
- Marcos, S. (1982). Introducción al dossier México sobre Alternativas a la Psiquiatría. En F. Gomezjara (Coord.) **Alternativas a la psiquiatría y a la psicología social**. México: Fontamara, pp. 9-19.
- Marcos, S. (1983a). En recuerdo a Franco Basaglia. En S. Marcos (Coord.) **Manicomios y prisiones**. México: Red-ediciones, pp. 9-12.
- Marcos, S. (Coord.) (1983b). **Manicomios y prisiones**. México: Red-ediciones.
- Marcos, S. (1983c). Medicinas paralelas: potencial popular para la salud mental. En S. Marcos (Coord.). **Manicomios y prisiones**. México: Red-Ediciones, pp. 253-265.
- Marcos, S. (1984). Introducción. En S. Marcos (Coord.) **Antipsiquiatría y política** (2^a edición). México: Extemporáneos, pp. 10-17.
- Marcos, S. (2005, Enero 31). Franca Ongaro Basaglia y el feminismo mexicano, **Cimacnoticias**.
- Monsiváis, C. (1984). Las variedades del México freudiano. En S. Marcos (Coord.) **Antipsiquiatría y política** (2^a edición). México: Extemporáneos, 1982, pp. 123-149.
- Obiols, J. (1973). **Psiquiatría y antipsiquiatría**. Barcelona: Salvat.
- Ongaro Basaglia, F., (1984). La mujer y la locura. En S. Marcos (Coord.) **Antipsiquiatría y política** (2^a edición). México: Extemporáneos, 1982, pp. 150-171.

Rodríguez Ajenjo, C. (1984). El quehacer psiquiátrico mexicano. En S. Marcos (Coord.) **Antipsiquiatría y política** (2^a edición). México: Extemporáneos, 1982, pp. 213-223.

Roudinesco, E. (2005). **Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento**. México: Fondo de Cultura Económica.

Sabbadini, A. (1976). Las comunidades antipsiquiátricas inglesas. En: L. Forti (Ed.). **La otra locura. Mapa antológico de la psiquiatría alternativa**. Barcelona: Tusquets, pp. 101-121.

Suárez, A. (Coord.) (1978). **Razón, locura y sociedad**. México: Siglo XXI.

Warman, A., Nolasco, M., Bonfil, G., Olivera, M. y Valencia, E. (1970). **De eso que llaman antropología mexicana**. México: Nuestro tiempo.

REFERENCIAS HEMEROGRÁFICAS

Guzmán, M.J. y Dosil, X. (2017). Paulo Freire: otro volcán en Cuernavaca **Kavilando. Revista de Ciencias Sociales**, 9 (1), 116-120.